

Espacio y palabra como elementos catárticos en el proceso de liberación de Pascual Duarte

Carlos E. Cenzano

Universidad Internacional de la Florida

La familia de Pascual Duarte sigue suscitando el interés de la crítica después de más de medio siglo de haber visto la luz por vez primera. ¿A qué se debe que un texto tan breve haya generado interpretaciones de índole tan diversa y propuesto tal cantidad de posibles lecturas? La mayoría de los críticos parece coincidir en la misma respuesta: su carácter ambiguo. Éste le proporciona a la novela una apertura y un multiperspectivismo que favorece, a todas luces, nuevas exploraciones. El mismo Cela, desde el prólogo de lo que él llama la edición definitiva alimenta más aún el juego lúdico y el guiño cómplice entre él y sus lectores: “A veces pienso que escribir no es más que recopilar y ordenar y que los libros se están siempre escribiendo, a veces solos, incluso antes de empezar materialmente a escribirlos y aún después de ponerles su punto final... Con el Pascual Duarte he tenido –en esta ocasión– que recurrir a la cirugía para podarle lo que le sobraba tanto como para devolverle lo que le quitaron” (8). En esta metamorfosis de Pascual –esta cirugía del lógos practicada por Cela– se inserta el tema de nuestro trabajo, deteniéndose, aunque no exclusivamente, en el papel que el espacio, el recinto de confinación tanto interno como externo –circunstancial– y la palabra juegan en la mutación del protagonista, que produce una catarsis, una recuperación del ser a través de la palabra.

Este es un relato que según Crispin “depende de la colaboración activa de los lectores y toma en cuenta sus prejuicios ideológicos” (1707). En este caso nuestra lectura se inserta en la perspectiva del lector inconforme que trata de deconstruir el texto que propone el narrador en el que se revela que el espacio y la palabra son las vías esenciales a través de las cuales este personaje se desprende de su cuerpo social y produce su liberación. En este intertexto reside, a nuestro juicio, la verdadera intención de su creador: dejar constancia de la descomposición y aniquilamiento que produce la violencia social en el ser humano y como las circunstancias determinan su conducta delictiva, a la par que el recinto punitivo se convierte en estancia de reconstitución de la naturaleza corrupta.

Los contextos en los cuales transcurre la infancia de Pascual –llámense económicos, sociales, políticos, religiosos o culturales– son de vital importancia para entender la conducta y los conflictos existenciales del protagonista. Gonzalo Sobejano precisa la cuestión de la siguiente manera: “Cuántas interpretaciones prescindan del fondo histórico-social denotado por *La familia de Pascual Duarte* podrán ser, y son algunas de ellas sin duda, explicaciones de alto valor, pero incompletas” (9). Para el crítico español es evidente que la psicología de Pascual no puede ser entendida, y menos juzgada cabalmente, si no se inserta y examina en sus contextos familiar y social. Sólo con este trasfondo se pueden llegar a precisar con claridad los móviles que lo conducen a desatar la cadena de violencia que caracteriza su actuación en la novela y descubrir la verdad implícita en su confesión inicial: “Yo, señor, no soy malo” (Cela 21).

En “The Psychology of Cultural Desintegration in Cela’s *La familia de Pascual Duarte*”, Arnold M. Penuel cita a Ortega y Gasset, a propósito de la repercusión que la descomposición de la sociedad española opera en la conducta de Pascual: “...las partes del todo comienzan a vivir

como todos aparte. A este fenómeno de la vida llamo *particularismo* y si alguien me preguntase cuál es el carácter más profundo y más grave de la actualidad española, yo contestaría con esa palabra” (362). Esto causa –según Ortega- que los grupos sociales no se reconozcan, ni exista entre ellos ninguna empatía emocional. Pascual no posee ningún sentimiento genuino que lo ate a su familia o a su grupo. A la muerte de su hijo comenta que estaba rodeado de tres mujeres, “aunque a veces me encontrase tan extraño a ellas como el primer desconocido que pasase, tan desligado de ellas como del resto del mundo” (93). La falta de amor, protección y educación que Pascual padece en el seno de su entorno social y familiar lo convierten en un ser mutilado emocionalmente. La ausencia de un sistema positivo de valores donde poder encontrar patrones de conducta civilizados lo convierten en un ser violento, impedido de actuar de acuerdo a los códigos de racionalidad de la sociedad en que vive. Por tanto su conducta es el reflejo de reacciones de supervivencia, más que de actuaciones racionales.

Las primeras impresiones que recibe en la niñez -etapa de formación- son de una desoladora crueldad. En el mundo afectivo de su familia no encuentra la ternura, el cariño, el amor, y la protección necesarias para desarrollar una personalidad equilibrada psicológica y afectivamente. “Se llevaban mal mis padres; a su poca educación se unía su escasez de virtudes” (31). A esto se suma la violencia que contempla en el seno de su entorno social. Asiste al espectáculo desgarrador que representa una guerra fratricida, como lo es la guerra civil (la peor de todas) en la que es testigo de la matanza cruel entre hermanos. Este elemento biográfico –explorado implícitamente en la narración- tiene, sin embargo, profundas implicaciones psicológicas en él. Su actuación violenta (incluida la verbal) es una reacción contra el *status quo* de una sociedad que ha caído muy bajo:

A cada momento sentimos la frustrada perplejidad de Pascual ante el mundo: en sus relaciones con el prójimo, en su valoración de las fuerzas del destino, en su idea de lo que llaman pecados y de la retribución por ellos satisfecha. Esto significa que alguna inexplicable barrera se alza entre él y su circunstancia. No existe comunicación entre el yo y el no yo, y por ello tampoco entendimiento, siendo el resultado creerse una víctima de las situaciones, de los hombres que le provocan o de Dios. (Ilie 55)

Mientras vive dentro de esa sociedad los signos palpables de su existencia son la asfixia, la frustración y la enajenación. Su estar, o su existir en ese contexto es un existir sumamente problematizado, fragmentado. No logra integrarse o discernir un modo de ser individual. Concibe que todo lo que en él opera son fuerzas oscuras del destino contra las que nada puede puesto que vienen de un más allá que no le es dado comprender en el espacio y el tiempo históricos que vive. No puede racionalizar los signos dispares que recibe del mundo exterior puesto que no posee las herramientas con que discernir las fuerzas ciegas que lo atan por lo cual sólo atina al instinto como modo de supervivencia. María Zambrano caracteriza este estado de perplejidad de la siguiente forma: “En modo pasivo, todos los hombres han sido traídos y llevados y aún arrastrados por fuerzas extrañas, a las cuales se ha llamado, a veces, *destino*, a veces *dioses* –lo cual no roza ni siquiera la existencia de Dios-. Y nada hay que degrade y humille más al ser humano que el ser movido sin saber por qué, sin saber por quién, el ser movido desde fuera de sí mismo” (11-12). En la lectura de Pascual se percibe esa frustración, ese

desasosiego y la inconformidad que siente al ser parte de un mundo caótico e inaprensible, todo lo cual redundando en su angustia existencial.

Los signos visibles de su cotidianeidad son la brutalidad, el alcoholismo, la frustración, el desamor, la crueldad, la incomunicación, el aislamiento. En las pocas instancias en que aparece el diálogo resulta completamente distorsionado, fragmentado y en función denigratoria. Nunca en un discurso coherente, conciliatorio e integrador. Por eso crece sin poder asimilar el poder que la palabra tiene como elemento de control de su medio ambiente. De este modo se convierte en una víctima de la irracionalidad, en un ser mutilado para el diálogo y por lo tanto disminuido en su condición humana.

La teoría y la crítica contemporáneas –sobre todo el post-estructuralismo con la figura de Michel Foucault- han venido a arrojar luz en lo referente al papel del estado moderno y su poder omnímodo en la manufactura de la esquizofrenia y la demencia colectivas que se detectan en el seno de las sociedades industrializadas. Aunque Pascual es un producto surgido en la zona rural de una sociedad un tanto rezagada, industrialmente hablando, de sus vecinos europeos, no escapa a los síntomas generales de la modernidad. Ya en 1882, el poeta cubano José Martí en *El poema del Niágara*, considerado como el manifiesto de la modernidad en Hispanoamérica, adelantándose a Nietzsche, describe los efectos nocivos que el estado y la sociedad modernas ejercen sobre el individuo:

So pretexto de completar al ser humano lo interrumpen. No bien nace, ya están de pie, junto a su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan... y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embriado. Así es la tierra ahora una vasta morada de enmascarados. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge sacarlos del mal gobierno de la convención que sofoca o envenena sus sentimientos. (485)

Pascual Duarte es un prototipo de esa deformación social a la que alude Martí. Parecen ser estas palabras una exacta radiografía psicológica de Pascual Duarte. En su persona se inscriben todos los desequilibrios y deformaciones de su sociedad. De ahí que la única opción válida que encuentra para subsistir sea la violencia física. Su actuar, por supuesto, en tanto que violatorio del código ético-moral que su entorno le impone, termina por recluirlo en la cárcel, donde deberá purgar de sus culpas. La celda se convierte –irónicamente- en un espacio catártico donde inicia un proceso de reflexión y análisis de su propio yo hasta producir su propia liberación. Siente allí la necesidad de comunicarle al prójimo su verdadera esencia humana y descubre la palabra. Este hallazgo le permite elaborar la crónica de su vida y con su texto comienza Pascual a reconquistarse, a salirse del mal gobierno social que lo ha deshumanizado. Sintomáticamente cuando es aislado de su entorno su conducta cambia radicalmente. “En la cárcel, Pascual es un presidiario modelo de excelente comportamiento, gana el afecto del director, su sentencia se reduce de 28 a 3 años. Está probado que fuera de la familia Pascual es un *buen hombre*” (Marín-Minguillón 176-77). En el aislamiento en que lo confina la autoridad estatal encuentra Pascual un verdadero espacio de libertad y allí descubre que la palabra es la mejor arma que tiene para defenderse de la violencia colectiva y recobrar su individualidad. Ese proceso introspectivo le permite deconstruir el sistema de valores sociales, políticos, morales y religiosos que le han

impuesto desde la cuna. Elabora su contradiscurso con el propósito (no declarado explícitamente, por razones estratégicas) de subvertir ese orden caótico que lo asfixia y desplazarse así dentro del discurso hegemónico, pero con su propia narrativa de liberación.

Se libera del cuerpo cancerígeno al que ha estado sujeto, adquiere su independencia entre las cuatro paredes de su celda y en el espacio narrativo en que se autodescribe y al hacerlo se proyecta a una existencia ulterior. “El espacio celular es la única realidad de *La familia de Pascual Duarte* y de su protagonista... En esta celda pasa Pascual su vida novelesca y reconstruye su vida histórica” (Kronik 1). La cárcel se erige como la barrera que posibilita ese proceso de extrañamiento tan necesario para recobrar su identidad. En contraste, la sociedad actúa como un espacio de encarcelamiento donde no tiene protección, donde está constantemente acosado y perseguido por fuerzas oscuras, algo que él llega a entender demasiado bien:

Y me soltaron; me abrieron las puertas, me dejaron indefenso ante todo lo malo. Me dijeron:

-Has cumplido Pascual; vuelve a la lucha, vuelve a la vida, vuelve a aguantar a todos, a hablar con todos, a rozarte otra vez con todos.

Y creyendo que me hacían un favor, me hundieron para siempre. (133)

Ese es el motivo esencial que lo hace sentirse libre dentro de la celda y lo que ve a través de su ventana es un paisaje ideal: el campo verde, lozano, fértil y los campesinos alegremente trabajando. Sin embargo otro escenario, muy distinto es el que describe en su supuesta libertad: “Cuando salí encontré el campo más triste, mucho más triste de lo que me había figurado... yermo y agostado como los cementerios, deshabitado y solo como una ermita lugareña” (134). Esta es ya la mirada del otro, del que ha tomado distancia y vuelve de su viaje interior y ve la realidad con otra perspectiva en la cual descubre el verdadero rostro de las cosas, “La celda en la novela de Cela llega a ser el locus amoenus donde el reo piensa y sueña” (5). Para Pascual estar libre no implica necesariamente ser libre. Comprende que la libertad es una condición que se satisface más en el ser, que en el estar, es más un estado de conciencia que una condición física. Y en la sociedad vive de forma inconsciente, automática, manipulado por las circunstancias, las mismas que lo conducen a convertirse en un infractor de la ley. De modo que su condena es su salvación ya que en el encierro puede crear y recrear sus circunstancias y modificar ese código exterior por uno más a tono consigo mismo. Esto explica que cuente los sucesos en el orden que él entiende y haga una selección de lo que quiere contar. Es, en otras palabras, el arquitecto de su propio destino. Purga sus culpas en la letra, se crea y recrea en la palabra, encarna en ella y en ella se libera.

Desde el mismo principio de su texto ensaya un juego ambivalente de guiños cómplices con el lector al que da pistas, a veces explícitas, otras veladas, acerca de su verdadera naturaleza. Abre su narración con la más intencionalmente explícita de todas: “Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo” (21). Esta confesión inicial, con tintes picarescos, remite a aquella otra conocida frase de Ortega y Gasset, con la cual genialmente congenia: “Pero yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo” (49). El texto de Pascual no es otra cosa que un intento de salvar a esa su circunstancia y cambiarla para poderse autosalvarse porque salvándose él (como en realidad ocurre), contribuye también a la salvación de los otros miembros de su colectividad de quienes tan poco sabemos, pero que, según él esperan por la pluma que los redima. Con él irá probando paso a paso –aunque con mucha sutileza– que la letra

puede redimirlo. Para ello debe convencer al lector de que él es víctima de una sociedad clasista donde impera la desigualdad y la injusticia. Explica que el destino moldea a los hombres a su antojo y lleva a unos por camino de rosas, mientras conduce a otros por los cardos. A él le condujeron por este último y esa es la causa de sus delitos. Establecida la tesis de la desigualdad social, se dispone mostrar su honestidad. Lo primero que hace es pedir disculpas por el desorden de su narración ya que –como explica- sigue por la persona no por el tiempo (dato interesante que valdría la pena explorar con más hondura) y que suelta el cuento como le sale de la mente “...sin pararme a construirlo como una novela” (45). Evidentemente no pretende ficcionalizar su narración y, además, tampoco quiere torcer la verdad, quiere ajustarse a los hechos, ser honesto en lo que cuenta.

Más adelante intenta establecer los hechos sobre su verdadera condición humana. Para ello da cuenta de todo el sufrimiento padecido a causa de las desgracias de su hermano y que no se avergüenza de llorar cuando éste muere con lo cual indica que difiere del código social en el que vive en el que no se concibe que los hombres lloren. Tales debilidades son propias del carácter femenino: “Usted me perdonará, pero no puedo seguir. Muy poco me falta para llorar... Usted sabe, tan bien como yo, que un hombre que se precie no debe dejarse acometer por los lloros como una mujer cualquiera... Voy a continuar con mi relato; triste es, bien lo sé, pero más triste todavía me parecen estas filosofías, para lo que no está hecho mi corazón” (62). Alude aquí con la frase *esas filosofías* a esas perniciosas convenciones sociales que fuerzan al hombre a reprimir sus sentimientos y lo convierten en un ser árido para la emoción sincera. Se resiente del hecho de que sea forzado a zanjar cualquier diferencia con el filo de la navaja en un mundo en que la violencia es símbolo de hombría. Hay que recordar como se asombra cuando contempla en Madrid el incidente de dos hombres insultándose a chorros sin tocarse ni un pelo y ver luego como cada uno sigue su camino y aquí paz y en el cielo gloria. Cuando va de luna de miel –los tres días más felices de su vida, según cuenta- atropella a una anciana y lo que explica da al lector, no sólo un indicio de sus principios éticos, sino además el discernimiento que va alcanzando sobre los disfraces y las máscaras de los hombres. Su reacción inmediata es socorrerla porque “no fuera de bien nacidos pasar de largo” (73). La esposa se ríe del incidente y su risa le hace mucho daño ya que “... no está bien reírse de la desgracia del prójimo... Dios castiga sin palo y sin piedra y ya se sabe, quien a hierro mata... Por otra parte y aunque no fuera por eso, nunca está de más ser humanitario” (73). No sólo socorre a la víctima y se molesta cuando su esposa se ríe del incidente ocurrido por considerarlo éticamente condenable, sino que muestra adhesión a los principios cristianos al reconocer que quien se alegra de la desgracia del prójimo tarde o temprano ha de pagarlo. Pero va más allá, al considerar que aunque Dios no juzgara, de todas formas deberíamos hacer el bien por convicción humana con lo cual subraya la idea de hacer el bien sin esperar premio, ni en este mundo, ni en el otro. Resulta interesante contrastar esta reflexión con lo que antes ha dicho del cura de su pueblo cuando éste le sermonea y que si él tolera “no por otra cosa fuera -¡bien lo sabe Dios!- que por creerlo de obligación; tan aburrido me llegó a tener. Nos habló otra vez de la perpetuación de la especie...del Papa León XIII, nos dijo no sé qué de San Pablo y los esclavos... ¡A fe que el hombre se traía bien preparado el discurso!” (71). Evidentemente en su conducta y en su pensar se observa cierta disensión con respecto de la educación moral y espiritual que ha recibido. Es capaz de romper con la tradición y con el discurso edulcorado y rancio del catolicismo dogmático de su sociedad. Este es uno de los primeros pasos en su proceso de liberación.

En el mismo capítulo aparece el primer indicio del espacio social como cárcel y su aislamiento de él como libertad cuando comenta que en los tres días que dura su luna de miel Lola y él para nada salen a la calle. “¿Qué nos interesaba a nosotros lo que en ella ocurría si allí dentro teníamos lo que en todo el resto de la ciudad no nos podían ofrecer” (74-5). Los recién-casados encuentran, fundidos en el diálogo íntimo, la libertad y la satisfacción de todas sus necesidades esenciales, algo que la sociedad no les sabe otorgar. Y resulta curioso que luego cuando debe lidiar con la ley por el incidente mencionado actúa dentro del código del discurso hegemónico y resuelve la situación con el nieto de la anciana de acuerdo a las normas de *civilidad* de dicho código. Y siente alivio cuando ve que la suerte se torna en su favor:

...porque como con los hombres, ya lo sabe usted, no hay mejor cosa que usar la palabra y hacer sonar la bolsa, en cuanto le llamé galán y le metí seis pesetas en la mano se marchó más veloz que una centella y más alegre que unas castañuelas y pidiéndole a Dios –por seguro lo tengo- ver en su vida muchas veces a la abuela entre las patas de los caballos. (76)

Es la primera vez que usa la palabra para enfrentar un conflicto con su realidad y salir airoso. Se ha desplazado del instinto a la reflexión. Ha comprendido la utilidad que la palabra tiene para controlar su medio ambiente. Y en su reflexión da una evaluación ética de la conducta del hombre. Este joven de 25 años –según Pascual- no se duele de la desgracia de su abuela, sino que por el contrario, contempla la posibilidad de mercar a costa del dolor de la anciana. A pesar de su éxito Pascual vuelve a insistir en su desacuerdo con esas *filosofías* y por ello comenta: “Envidio al ermitaño con la bondad en la cara al pájaro del cielo, al pez del agua, incluso a la alimaña de entre los matorrales, porque tienen tranquila la memoria” (105).

Al inicio del capítulo trece el lector asiste a una de las reflexiones más importantes de toda su crónica en tanto que revela el proceso de liberación que se va operando en él como consecuencia de su aislamiento. Ha estado por espacio de un mes sin escribir en la celda, meditando, sintiendo pasar el tiempo y “dejando volar libre la imaginación, lo único que en mí libre puede volar” (104). Y le parece que en ese tiempo ha gozado de la vida como no lo había hecho antes, a pesar de todos los contratiempos y sinsabores sufridos. La serenidad que encuentra en ese espacio le proporciona las condiciones para amistarse con las palabras. Es un parlamento cargado de sutilezas y matices reveladores:

Cuando la paz invade las almas pecadoras es cuando el agua cae sobre los barbechos, que fecunda lo seco y hace fructificar al erial. Lo digo porque, si bien más tiempo, mucho más tiempo del debido tardé en averiguar que la tranquilidad es como una bendición de los cielos, como la más preciada bendición que a los pobres y a los sobresaltados nos es dado esperar, ahora que ya lo sé, ahora que la tranquilidad con su amor ya me acompaña, disfruto de ella con un frenesí y un regocijo que mucho me temo que, por poco que me reste de suspirar -¡ y bien poco me resta!- la agote antes de tiempo. Es probable que si la paz a mí me hubiera llegado algunos años antes, a estas alturas fuera, cuando menos cartujo, porque tal luz vi en ella y tal bienestar, que dudo mucho que entonces no hubiera sido fascinado como ahora lo soy. (104)

Es un estado de conciencia similar al éxtasis que experimenta el sabio retirado en meditación y en perfecta comunión con su mundo interior. Las palabras que utiliza para describir su experiencia –paz, bendición, amor, frenesí, regocijo, bienestar- dan la medida del enriquecimiento espiritual que se ha operado en su ser interior. La reflexión termina con la frase, -es interesante notar lo- no como ahora lo estoy, sino *como ahora lo soy*. La palabra, espejo del alma, ha obrado su catarsis en el ser de Pascual. Cuando el hombre se ensimisma entra en contacto con las esencias, con lo sustantivo de que habla Cela –otro de sus guiños- en el prólogo. El viaje de Pascual, en consecuencia, no puede darse poniendo tierra de por medio, (cuando lo hace fracasa), sino poniendo cuerpo de por medio, en un trayecto hacia el interior, donde puede “atender a su propia intimidad, o lo que es igual, ocuparse de sí mismo y no de lo otro, de las cosas” (Ortega y Gasset 110). De este modo inicia el análisis sosegado y profundo de su individualidad y elabora su discurso en el cual es protagonista, controla su medio y ejerce su albedrío. Ya no es más un prisionero de sus circunstancias. Cuando vuelve al cuerpo colectivo del que ha tomado distancia lo hace –como explica Ortega y Gasset- para contaminarlo de su intimidad de forma que comience a parecerse a él mismo cada vez más. Es la gran metáfora del hombre. Si no cuenta, si no crea las narrativas al margen del discurso oficial permite que se perpetúe el olvido y la muerte y el *caos silencioso* que refiere Cela en el prólogo referido. Justamente para que no se repita la barbarie Pascual explica: “¡Buena diferencia va entre lo pasado y lo que yo procuraría que pasara si pudiera volver a comenzar, pero hay que conformarse con lo inevitable, con lo que no tiene arreglo posible, a lo hecho pecho, y tratar de evitar que continúe, que bien lo evito aunque ayudado -es cierto- por el encierro” (109). Luego concluye que su vida hubiera sido ejemplar si hubiera transcurrido por las “serenas sendas de hoy”.

Uno de los episodios más notables en que Pascual muestra el control que de su circunstancia va adquiriendo sucede en su último enfrentamiento con el Estirao donde evita que éste se pueda salir con la suya, con su discurso fragmentado, como ha sucedido en ocasiones anteriores. Pascual crece ahora como texto y es eso lo que lo salva. Esta mutación de objeto a palabra lo instala en la conciencia colectiva. El resto de sus congéneres, en tanto que no mutan, se quedan como masa, no llegan a la diferenciación, como bien explica el filósofo español en la obra referida. El cuerpo-texto de Pascual, al separarse del cuerpo familiar y social que lo engendra se convierte en un contratexto: “Con las 359 cuartillas que llena... pasa por un camino de auto-realización que empieza con la purgación” (7). Puede analizar cada paso que da, puede interiorizar conceptos, ideas, puede juzgar sus actos, sus pasos, sus errores, sus aciertos. No es más ya un autómatas o un sonámbulo. Incluso vierte criterios artísticos. Sabe ordenar y seleccionar lo que narra para que surta mayor efecto en el lector, desechando aquello que pueda parecer novelesco porque su intención es testimonial, más que ficcional. Es decir, ha cobrado no sólo conciencia social, sino también conciencia artística: “Se muestra como escritor cuidadoso, consciente de su empeño y reflexivo de su labor” (Minguillón 176). El mensaje a su prójimo no es sólo para que rompa las cadenas físicas que lo atan, sino, fundamentalmente, las cadenas espirituales que son las más arduas de romper. Su enriquecimiento espiritual le proporciona el placer de poder disfrutar de la palabra; “El hombre civilizado es lo bastante contenido o refinado para hallar satisfacción por el medio sutil de las palabras” (Ilie 65).

Ahora bien el discurso narrativo que Pascual elabora en su defensa, si bien dista de su actuación violenta previa, no deja de ser portador de la violencia verbal que caracteriza al

contradiscurso hegemónico. En su artículo “La parábola de la palabra: la venganza de Pascual Duarte”, John R. Rosemberg se apoya en las teorías contemporáneas sobre el lenguaje y cita a Foucault quien en *The Discourse on Language* plantea que “We must conceive discourse as a violence that we do to things” (42) y que “la violencia lingüística puede ser aún más destructiva que los actos de agresión física” (42). La fuerza de la palabra en *La familia de Pascual Duarte* – como lo han visto algunos críticos- se expresa, no sólo a nivel metafórico, sino también alegórico. Rosemberg concluye que: “Pascual describe sus actos como violencia recíproca, es decir, sus actos de pasión representan a un nivel microcósmico los abusos del macrocosmos, y su texto se convierte en una parábola (en el doble sentido de fábula y forma distorsionada) de su venganza” (44).

En la medida que el texto de Pascual es un contradiscurso, se erige como defensa de su dignidad. Con él logra que la sociedad que lo fuerza a delinquir se mire en el espejo de su narración y detecte sus propias deformaciones. El hecho de que ese mismo cuerpo social produzca, tres décadas más tarde, un proceso de transición democrática hacia una sociedad pluralista, más civilizada, sin la violencia que él padeció; sino a través de la palabra, del diálogo, es una señal evidente del papel de Pascual en el proceso de humanización de su colectivo y da cierta validez a las meditaciones filosóficas orteguianas mencionadas en este análisis. Su mérito está, por un lado, en ser el pionero en el proceso quirúrgico que opera en el cuerpo cancerígeno de su colectividad con el firme propósito de extirpar las patologías sociales que éste padece y ha padecido. Por otro el hecho de que su crónica es el primer antídoto contra esa enfermedad mortal que padecen las sociedades modernas, cuyos síntomas más aberrantes no son únicamente la violencia y el colapso de la inteligencia colectiva, sino además, y peor que todo el olvido, porque perpetúa todo lo anterior. Si hay una lección que el lector puede sacar de la lectura de la crónica de Pascual Duarte, a través de su perspicaz progenitor Don Camilo José Cela, es ésta de que no se puede perpetuar el olvido que impone el omnímodo estado moderno a través de sus mecanismos maquiavélicos de silenciar a la colectividad misma que lo sustenta, porque la palabra existe para desentrañar la verdad, no para ocultarla.

La fecha y las circunstancias en que la novela sale a la luz ayudan a Cela como escritor. La censura franquista hace que sus recursos estilísticos y su lenguaje se sutilicen en mayor grado y, en consecuencia, el resultado sea un producto de mayor calidad artística. El propio autor dice: “Dedico esta edición a mis enemigos, que tanto me han ayudado en mi carrera” (11). Por esa interacción de los contrarios las prohibiciones de un sistema social represivo, que impone barreras a la expresión libre de las ideas, propicia un discurso artístico más depurado, más sutil y esto termina favoreciendo a la novela. De ahí que siga gozando de aceptación en la crítica y continúe como un texto vivo, abierto a la reescritura.

Al liberarse Pascual –ahí la ironía- libera también a Cela, quien como artista vence la censura de la España franquista que por espacio de cuatro décadas conculcó los derechos de la expresión libre de su pueblo. De esa tensión interior, de esa lucha por librarse de los tentáculos de una sociedad ultraconservadora y fanática le brota Pascual de las entrañas a Cela. Quiere decir lo que debe decir y lo dice con este personaje al que planta en el espacio discursivo de su época y que germina luego en toda la narrativa de la postguerra, la que sin dudas ejerce su violencia contradiscursiva, dialógica, heteroglósica como contraparte de los metarrelatos del poder. En ese

juego de perspectivas, en ese lúdico espejismo, Pascual entra victorioso en la memoria colectiva de su grupo y, por extensión, de la sociedad y allí permanece, inmortalizado en la palabra.

Obras citadas

- Cela, Camilo José. *La Familia de Pascual Duarte*. Barcelona: Destino, 1982.
- Crispin, John. "Pascual Duarte y sus lectores". *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas I-IV* (1992): 1707-11
- Duran, Manuel, ed. *Ortega y Gasset: Sus mejores Páginas*. New Jersey: Prentice Hall, 1966.
- Ilie, Paul. *La novelística de Camilo José Cela*. Madrid: Gredos, 1963.
- Kronick, John W. "Encerramiento y apertura: Pascual Duarte y su texto". *Anales de Literatura Española* 6 (1988). <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/sirveobras>
- Manzo-Robledo, F. "El Acto-espacio social con su código de comportamiento en *La Familia de Pascual Duarte*". *Neophilologus* 86 (2002): 249-264.
- Martí, José. *Letras fieras*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas, 1981.
- Penuel, Arnold M. "The Psychology of Cultural Disintegration in Cela's *La Familia de Pascual Duarte*". *Estudios Hispánicos* XVII (Octubre 1982): 361-370
- Rosenberg, John R. "La parábola de la palabra: la venganza de Pascual Duarte". *Camilo José Cela. Homage to a Nobel Prize*. Coral Gables: University of Miami, 1991. 41-48.
- Rojas, Carlos J. *Foucault y el pensamiento contemporáneo*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1995.
- Sobejano, Gonzalo. *Reflexiones sobre La familia de Pascual Duarte*. Palma de Mallorca: Papeles de Son Armadans, 1972.
- Zambrano, María. *Persona y Democracia: La historia sacrificial*. Barcelona: Anthropos, 1988.